

TIA JUANA. ¿Y por qué no lo decía vd. antes?

VIAGERO. Tenía vd. tan poco tiempo para escucharme; ¡ha hecho vd. tan poco caso de mí!

TIO ANTON. ¿Sería vd. por casualidad de la comitiva del rey?

VIAGERO. Un poquito.

TERESA. (*Se aproxima y se pone á escuchar con atencion.*)

¡Quién hubiera podido imaginarlo!

VIAGERO. ¡Estaban vds. todos tan ocupados!

TIO ANTON. Vd. es buen testigo del celo que ponemos en recibir á tan gran huésped, ¡ojalá logremos que quede satisfecho!

VIAGERO. ¡Oh! No es difícil de contentarse.

TIO ANTON. ¿Quiere vd. tomarse el trabajo de venir á ver la alcoba del monarca para ver si lo encuentra vd. todo bien?

TERESA. Un instante, padre, todavía falta que poner una corlina. Para eso será preciso quitar por un momento el tocador. ¿Dónde lo pondremos?

TIO ANTON. Házlo traer aquí provisionalmente.

(*ROSA Y JUAN traen el tocador al comedor y lo arriman á la pared.*)

MARIQUITA. Veamos á ver si falta algo. Jarro, jofaina, jabon, pasta de almendra: bien! Ah! una tohalla, ya se me olvidaba. (*Va á coger una servilleta de la mesa y la coloca sobre el tocador.*)

VIAGERO. No puedo resistir á la necesidad de refrescarme la cara. Con permiso de ustedes. (*Echa agua en la jofaina y se empieza á dar jabon en la cara.*)

LORENZO. Pues este caballero no gasta cumplimientos.

TIO ANTON. ¡Coge la tohalla del rey!!

TIA JUANA. Plantémosle en medio de la calle.

TIO ANTON. ¡Despacito, muger, despacito! debe ser algun poderoso favorito para tomarse tantas libertades.

LORENZO. ¿Este caballero será sin duda alguno de los gefes de la servidumbre del rey? Quiero decir, del conde de Rio-Frio.

VIAGERO. (*Despues de haberse dado jabon á la barba algun tiempo antes de poder responder.*) No.

TIO ANTON. ¿Quién es vd. pues?

TIA JUANA. Responda vd., caballero.

VIAGERO. Pertenezco al rey mas íntimamente.

LORENZO. ¿Sería indiscrecion el preguntarle á vd. su gerarquía, su título? (*El desconocido coge una navaja y comienza á afeitarse.*)

TIO ANTON. ¿Se puede saber, caballero, qué funciones ejerce vd. cerca de S. M.?

VIAGERO. Le afeito.

MARIQUITA. ¡Oh...! (*El Tio ANTON y la Tia JUANA se quedan estupefactos.*)

LORENZO. ¡Misericordia divina! Un barbero tomarse semejante libertad!!

TIA JUANA. ¡Qué escándalo! ¡Qué indecencia!

MARIQUITA. (*Aparte á su tio tirándole de la manga.*) ¿No está vd. viendo que es el mismo rey?

ESCENA VII.

LOS PRECEDENTES Y DOS CABALLEROS.

CABALLEROS. ¿No ha llegado aquí S. E. el conde de Rio-Frio? (*Todos persisten en su estupefaccion.*)

SEGUNDA SERIE.—1861.

MARIQUITA. ¡Sí, señores, ahí tienen vds. á S. E! (*Entra la comitiva del rey y lo saluda.*)

EL REY. (*Habiéndose limpiado, se vuelve sonriéndose.*) Esta muchacha es tan lista como buena y linda.

TIO ANTON. ¡Señor!....

TIA JUANA. ¡Su Magestad! ¡Su Excelencia!....

TIO ANTON. ¡Si hubiéramos sabido!...

EL REY. Muy bien, muy bien.

TIA JUANA. ¿Cómo disculpar....

EL REY. Yo disculpo todo.... Ahora que ya he concluido de afeitarme, le pido permiso al tio Anton para hacer un regalo á su amable sobrina.

TIO ANTON. ¡Señor! aquí tiene V. M. mi hija. (*TERESA se aproxima y le saluda profundamente.*)

EL REY. (*Haciéndole una ligera inclinacion y dirigiéndose á MARIQUITA, á quien coge de la mano.*) Tio Anton, ¿cuáles son tus proyectos sobre el porvenir de esta muchacha?

TIO ANTON. A decir la verdad á V. M., yo no he formado jamás ninguno. Yo la creo destinada á vestir imágenes, porque la pobre chica no tiene ni un cuarto.

EL REY. Eso no; yo espero que no vestirá imágenes, porque Mariquita tiene preciosas cualidades que deben hacerla amar por ella misma. Sin embargo, es posible que una dote regular no la perjudique, y yo me encargo de dotarla. Vamos muchacha, ¿tu corazon no ha escogido ya á alguno?

MARIQUITA. Me hubiera guardado muy bien de hacerlo, señor.

EL REY. Veo que soy muy indiscreto, y que tienes tanto talento como corazon. Pero, dime, ¿no ha tratado ninguno de agradarte?

MARIQUITA. Ninguno, que yo sepa, señor.

EL REY. Yo quisiera, sin embargo, verte escoger un buen marido.

LORENZO. Permítame V. M. Yo tengo algunas pretensiones que hacer valer en nombre de mi hijo. Hace mucho tiempo que habia puesto los ojos en Mariquita; pero ella, tan juiciosa como linda, ha rehusado siempre darle oídos sin mi consentimiento. Yo doy hoy este consentimiento, ó mas bien suplico á Mariquita, que le conceda la preferencia.

TIO ANTON. (*Aparte.*) ¡Ah bribon! porque ahora tiene dote, sin lo cual te hubieras dirigido á mi hija!

MARIQUITA. Acepto el ofrecimiento de vd., aunque un poco tardío, señor Lorenzo, porque sé que su hijo de vd. es un jóven honrado, y que no ha aguardado á que yo tuviese una dote para hallarme digna de algun valor á sus ojos.

EL REY. ¡Muy bien!

MARIQUITA. Dios recompensará á V. M. por tantas bondades como dispensa á una pobre huérfana. No pasará un solo dia de mi vida sin que ruegue al cielo por el rey Cárlos III.

TERESA. (*Muy bajo con aire de despecho.*) ¡En qué cosas se mezcla este rey!

TIO ANTON. ¡Vaya una cosa original!

EL REY. Estoy muy complacido, apreciable jóven, en poder asegurar tu suerte. No hago mas que pagar una deuda de gratitud por las atenciones que me has manifestado cuando no creías ver en mí mas que un pobre viagero, cuando todos me volvian la espalda.

AÑO XIX. 24

TIA JUANA. Eso nos enseñará, aunque un poco tarde, á ser atentos y polífticos con todo el mundo.

TIO ANTON. Eso reza contigo: á mí no me remuerde de nada la conciencia, si no de mi debilidad por Teresa. Ojalá que recuerde en lo sucesivo, que no es por la coquetería de los vestidos por lo que una jóven se hace interesante, si no que imite en el porvenir la complacencia, la actividad y el excelente carácter de su prima, si quiere que reparen ventajosamente en ella, como le ha sucedido á Mariquita, porque las prendas del alma son el mayor encanto de las jóvenes!

JOSÉ MUÑOZ Y GAYRÍA.

LA PUERTA DEL SOL.

El siguiente artículo está copiado, con la competente autorizacion, de la interesante obra que el señor don Ramon de Mesonero Romanos acaba de publicar bajo el título de *EL ANTIGUO MADRID*. Despues de explicar el señor Mesonero cómo se formó esta plaza, hoy célebre dentro y fuera de España, y de narrar los sucesos de que ha sido teatro, desde el recibimiento de la reina doña Ana de Austria, que es el primero que registra la historia en un libro escrito por Juan Lopez de Hoyos en 1570, hasta las demostraciones de regocijo hechas por el pueblo de Madrid en la mañana del 7 de febrero con motivo de la toma de Tetuan, nuestro autor continua:

«Pero á vuelta de estos episodios mas ó menos trágicos ó sublimes ¿qué es la Puerta del Sol en su estado normal, en su vida íntima, prosáica, vulgar y cotidiana?—Ya lo hemos dicho; es el corazon, el núcleo de la vitalidad y animacion de la poblacion cortesana. A él van á convergir por las diez ó mas arterias de las calles principales que la rodean, todos los movimientos, todos los intereses, todos los instintos y aspiraciones de este pueblo numeroso.—El noticiario intrigante ó simplemente hablador, que sueña con las peripecias políticas, con las guerras y los cataclismos, acude á formar corro con otros semejantes en que satisfacer su sed de sensaciones, sus simpatías ó su curiosidad; el magnate que cruza en su carroza en direccion á palacio, el funcionario que acude á su oficina, el diputado que se dirige al parlamento, todos *hacen paso* por este sitio, siquiera no sea mas que para observar *que cariz presenta la Puerta del Sol*, y augurar por los grupos raros ó numerosos el mayor ó menor peligro de la situacion política, la probabilidad de la paz ó de la guerra, del triunfo de las elecciones, de la derrota parlamentaria ó de la crisis ministerial.—El hombre del pueblo, el negociante, el industrial, van allí á informarse por la voz pública de la alza ó de la baja de los fondos, de las quiebras *aseguradas*, de los seguros *quebrados*, del valor *fabuloso* de las minas auríferas descubiertas la noche anterior por una sociedad explotadora en el próximo café.—El obrero, el ganapan, el hombre *para todo*, que para nada sirve, vienen allí en demanda de parroquianos ó de acomodo; la *murga* de bombo y platillos en averiguacion de gracias, de bodas ó bautizos, para correr á

felicitar á los dichosos; el *músico festero*, contratista po-mayor de *salves ó requiem* á toda orquesta, ajusta con los muñidores de las cofradías los solemnes entierros en las parroquias, ó las fiestas patronales de Vallecas ó Carabanchel. El corredor á pie quieto ofrece allí sus *primas* á los primos advenedizos; el vividor parásito *cata caldos y panza al trote* (*pique asiette*, que dicen los franceses, *caballero del milagro*, como antiguamente se decia por los españoles) andan á caza de gangas á quien agasajar y servir; y el prestidigitador aficionado, el *tomador del dos* y el ratero incipiente, ejercen en público sus escamoteos con una destreza capaz de desesperar á los Hermanns y Macallister.

»Cruza brujuleando entre todos estos grupos animados el diligente periodista, abeja literaria que liba en ellos la miel ó sustancia de su próxima *gacetilla*; el apasionado *dilettante*; el amigo del autor en *capilla*, encargado de *crear atmósfera*, de preparar la opinion en pro de la *prima donna* que aquella noche ha de *debutar* en el Real, del drama que en la siguiente ha de darse á luz en el Príncipe; el taurómaco que sostiene en su círculo especial, compuesto de *gente crua*, la importante tesis de la próxima estocada de *Cúchares*, ó la incongruencia del *Tato* en su último *volapie*. Todo esto amenizado con el estridente chillido del muchacho que pregoná la *Correspondencia* ó la *Discusion*; del pilluelo que entona los *premios de la lotería*; del mendigo que os ofrece *diez mil duros* al contado en un billete de la pasada extraccion; del vendedor de *fósforos y calendarios*, propagadores de las luces y de libritos de papel de Alcoy; del limpia-botas que os arrima el banquillo sin pretenderlo y hace ademan de apoderarse de vuestro pié; del barbero ambulante que os tropieza con su jarro y escudilla; de la aguadora que os brinda con agua y panales; del horchatero valenciano ó del que por cuatro cuartos pregoná su enigmático café.

»Hay quien ocupa cuatro ó seis horas diarias en revisar minuciosamente el progreso de las obras del ensanche; otros las emplean con mas utilidad en recorrer uno por uno los mil ó mas retratos-tarjetas puestos á las puertas de los fotógrafos; quien pasa y detiene á todos los transeúntes para hablar á un conocido y preguntarle con el mas vivo interés «¿á dónde va por allí?» ó para decirle «que hace calor»; quien forma sus delicias en echar los dobles lentes á la *Quevedo* á todos los agraciados rostros, á todas las breves plantas femeniles que incesantemente renovadas *hacen paso* por aquellas losas en direccion á las tiendas de las calles de Postas ó de Espoz y Mina, á la misa de San Luis ó los Italianos, á los paseos del Prado ó del Retiro.—Alguno, mal intencionado, persigue con tenacidad á una de esas estrellas del sétimo cielo (léase *piso*) que toma (acaso por huírle) una berlina de plaza y se mete en ella, sin reparar ¡la cuitada! que el cochero, ó indiscreto ó descuidado, olvidó bajar el banderín que denuncia su graciosa tripulacion con el infamante «*se alquila*.»

»Aquí un buen mozo provincial, un Apolo trashumante, se pasea entonado por la ancha acera para exhibir sus gracias delante de todos los grupos, y al paso por todos los espejos de las puertas, se mide y se tasa con exquisita fruicion; mas allá una respetable mamá (caso averiado contemporáneo de Trafalgar) hace rumbo al Prado, precedida de dos pimpollos maravillosamente bellos, que van causando estragos en la apiñada muchedumbre, que las abre

paso con sorpresa y admiración.—Ni falta tampoco grupo de antiguos veteranos, disfrazados de paisanos, que entre las humaradas del habano de diez maravedises, que aspiran con heroica resignación, juran y reniegan contra lo presente y contra lo futuro, encomiando solo lo pasado (que son ellos) ó hacen estallar su ira al ver cruzar, por ejemplo, á un mancebo que sirvió de teniente á sus órdenes en la guerra de Cataluña y hoy luce la faja de general; ni jóven estudiante ó literato modesto, que cargado de libros de vuelta de su instituto ó biblioteca, reniega de ambos al ver cruzar en brillante carroza á un su condiscípulo, ministro ó cosa tal, que lanzado á la política sublime en alas de su osadía, dió punto á sus estudios literarios, forenses ó científicos, se vino á la Puerta del Sol, cambió de carrera y penetró audaz por la que se le ofrecía á la vista, por la *Carrera de San Gerónimo*, que es la que guía al moderno *Capitolio*, al aura popular, al poder y la fortuna.

«La Puerta del Sol es, pues, el laboratorio político-cortesano, económico-social, científico y literario de Madrid; la gran fábrica de las reputaciones históricas, políticas, militares y financieras del país; el horno donde se amasan sus grandes nombres, sus intereses públicos y privados; la escena en la que se trazan y desenlazan las peripecias de su historia, las intrigas de su vida íntima y social.—Por eso no debe extrañarse que el anhelo de todo español que intente elevarse en el teatro cortesano, sea el de instalarse, desplegarse y brillar en persona ó mentalmente en este sitio; que los viajeros que escribieron de nuestro país le consagren tomos enteros (1); que los escritores indígenas emblematicen en él el Madrid moderno; y que los peregrinos y viandantes, de que hablábamos al principio de este capítulo, se citen y emplacen desde los mas remotos climas para la Puerta del Sol.

»Y aquí el lector habrá de disimular al autor de esta obra, que estralimitándose de su propósito de pasear en ella por el *Madrid antiguo*, haya hecho en el presente capítulo una doble escursión en el moderno, y en el estilo humorístico, propio de la ya olvidada pluma del *Curioso Parlante*, que tan mal dice con la fría y mesurada gravedad de la narración histórica.»

LEYENDA.

LA BARRERA REAL.

(Año de 1236.)

La casa de Santiago Alvarado estaba situada á un estrecho de la ciudad de Palencia, y era una especie de barraca de un solo piso, pero en tal estado de vetustez, que daba lástima verla así. El edificio, aunque poco elevado, habia gravitado bajo su propio peso, y por un lado venido á tierra, de suerte que casi era un monton de ruinas hacinadas por el tiempo.

Y sin embargo, delante de aquella casucha miserable se

veía una barrera real, como las que habia delante de las habitaciones de los reyes ó príncipes. ¿Quién, pues, vivia en la desmantelada casa? ¿Algún rey destronado? ¿algún príncipe arruinado como ella? ¡No por cierto! Nadie mas que un simple soldado retirado del servicio, la anciana Brígida su esposa, y Estéban, su tierno hijo, que como buen pechero, se ocupaba en tejer cáñamo. ¿Por qué, pues, semejante distinción delante de la oscura vivienda de un tejedor?

Esta es una historia que exige esplicación.

Unos veinte años antes de la época que hemos fijado al frente de esta historia espira en la casucha que hemos descrito muy sucintamente, Enrique I de Castilla, hijo de Alfonso VIII; muerte desgraciada, pero que por otra parte evitó una guerra civil espantosa, provocada por la tiranía del regente don Alvaro de Lara, que no solo atentó contra la libertad y las propiedades de los seculares, sino que exasperó al clero atacando las inmunidades de la Iglesia.

Ahora, mis queridos lectores, es bueno que sepais que á continuación del decreto que concedía derecho de barrera á reyes y princesas, se decía lo siguiente: «Si algún rey, reina ó hijo de rey, se hospedase en casa de un particular, tendrá derecho para adornar su casa con una barrera, la cual subsistirá hasta que se pudra; pero se prohíbe espresamente reedificarla, bajo la pena de un severo castigo.»

El padre de Santiago Alvarado conocía esta disposición, y como fuese muy ambicioso de honores y distinciones, aunque solo era un pobre trabajador, se apresuró á construir una barrera delante de su puerta, á lo que nadie se opuso porque estaba en su derecho.

Luego que se hubo colocado la barrera, el padre de Santiago Alvarado creyó que era completamente feliz, y mientras sus vecinos de cualquier estado y condicion, rabiaban de envidia, él se sonreía orgulosamente cuando los veía quitarse el sombrero al pasar por su casa, en respeto á la magestad real.

Desgraciadamente invirtió todos sus ahorros en la construcción de la barrera, y apenas hubieron pasado los primeros dias del triunfo de su vanidad, echó mano al bolsillo, mas lo encontró vacío, y como la miseria va siempre rodeada de las privaciones, y estas suelen minar la mejor salud, el orgulloso tejedor se acostó un dia para no volverse á levantar.

Antes de morir llamó á su hijo Santiago y le dijo:

—Santiago, no tengo otra cosa que dejarte sino esta casa; pero la barrera que está delante es una fortuna, puesto que es una honra que solo pertenece á los reyes y príncipes. Ven á ocupar esta casa, cuida de la barrera, y presévala de la ruina, porque ya sabes que está prohibido repararla.

Como veis, el pensamiento de orgullo que lo mataba, aun no le habia dejado en sus postreros instantes, y de su alma pasó á la de Santiago, el cual luego que abandonó el servicio militar, se instaló en la miserable casucha; casóse con Brígida, y tuvo un hijo á quien educó en sus mismas ideas, de suerte que la barrera real era un culto para toda la familia.

Una tarde del mes de setiembre, Santiago Alvarado estaba sentado delante de su puerta, entre su casa y la famosa barrera. Hallábase sombrío y pensativo, y aun cuando Estéban y Brígida procuraban distraerle, todo era inútil, pues

(1) ROGGER DE BEAUVOIR. *La Porte de Soleil*, 4vol.

ni de los labios de Santiago salía una palabra ó una sonrisa, ni sus ojos se fijaban en su familia. Siguiendo la dirección de sus miradas, era fácil conocer la causa del profundo pesar que turbaba su reposo, la cual no era otra que la próxima ruina de la barrera.

A pesar del cuidado del tejedor, las frías lluvias del invierno y el sol ardiente del estío habían minado la madera insensiblemente, y separada y hendida por aquí, podrida y carcomida por allí, la gloriosa barrera amenazaba total ruina para la estación de los vientos que estaba muy próxima. Santiago conocía el miserable estado de la barrera y todos los días iba á visitarla, lanzando hondos suspiros al ver el deterioro de la noche anterior, siendo esto lo que le traía inquieto la noche de que hemos hablado, además de otra causa que vamos á referir á nuestros lectores.

Hacia Santiago aquella mañana su acostumbrada visita, cuando vió de pronto delante de él un hombre de extraordinaria expresión que le dijo con indefinible sonrisa:

—¿Por qué no reparas ese poste que amenaza ruina, y para cuya reedificación se necesita muy poco trabajo y mucho menos coste? Con tres horas á lo mas y algunos maravistes para comprar una alfanga de madera nueva, estás fuera del paso.

Alvarado miró al desconocido sin responder; pero al notar la expresión de sus miradas se estremeció sin saber por qué.

—¿No respondes, amigo? prosiguió el hombre en tono de protección.

Santiago se arrimó, y dominando la emoción involuntaria que había sentido, repuso en el mismo tono:

—Por Dios, amigo, que no os aguardaba aquí.... ¿quién sois?.... ¿qué queréis?

—¿Quién soy, compañero? un amigo que conoció á vuestro difunto padre.... Hace veinte años que siendo yo maestro carpintero, levanté la barrera que mirabais poco ha con tanto sentimiento.... ¿Lo que quiero?.... quiero sacaros de penas, ayudaros á repararla muy pronto... ¿Qué decís á esto, compañero?

—¡Oiga! saltó de pronto Santiago, mirando al desconocido con aire sospechoso. Me parece que sois un espía de la autoridad, á menos que no seáis el mismo Satanás en persona...

—¡Aun cuando así fuese, compañero! repuso el desconocido.

—*Domine miserere mei*, balbuceó Santiago, persignándose.

El hombre frunció el entrecejo, mas volvió á la carga diciendo:

—Creo que estás loco, y quiero hacerte un favor; espérame esta noche, y aun no habrá marcado el reloj de arena las doce, cuando ya estaré aquí provisto de mis herramientas y de la madera necesaria.... de buena encina, se entiende!

Alvarado creía soñar; la barrera, la gloriosa distinción de que estaba tan orgulloso, sería reparada de repente! Sin embargo, dudaba todavía, porque había cierta cosa en los ademanes del desconocido, que le hacía desconfiar de él.

«Este demonio quiere tenderme algun lazo», pensaba; pero el orgullo que había matado á su padre y que él había heredado, ahogaba sus justos temores, y exclamó repentinamente alargándole la mano:

—¡Compañero, acepto tu oferta, con que toca esos cinco!

El desconocido estrechó con fuerza la mano de Santiago, y éste se estremeció nuevamente, sin poder adivinar lo que sentía al lado de aquel hombre.

—Bueno, dijo éste, esta noche estaré aquí á las doce.... Hasta la vista.

Y disponfase á marchar, cuando Santiago le detuvo diciéndole:

—Tu nombre, amigo, á fin de que conozca al que quiere hacerme un tan gran beneficio.

—¡Ah!.... ¿mi nombre?.... repuso el hombre sonriendo: me llamo el maestro Claudio, compañero... Hasta la noche.

Y desapareció antes que Alvarado hubiese vuelto de la especie de estupor en que le había sumergido lo raro de aquel encuentro.

—¿Qué diablo de hombre es ese? exclamó Santiago. Es necesario que sea muy amigo de hacer bien al prójimo para arriesgar así el gargüero; porque yo no he olvidado la prohibición que sobre mí pesa con respecto á la barrera.

Reflexionó profundamente durante algunos momentos, y luego dijo con lentitud.

—Cuida de la barrera, y presévala de la ruina.—Hé aquí las últimas palabras de mi respetable padre, que en paz descansen.... ¡Pues bien! su deseo será satisfecho, añadió con resolución, esta noche repararemos la barrera, aunque también me aprieten á mí el gargüero.

—Santiago, le dijo Brígida, confíame tus penas.

—Señora Brígida, respondió el mal humorado tejedor, dejadme tranquilo y recogeos, porque no me gustan ni las curiosas, ni las habladoras.

Era la primera vez que la trataba con tanta dureza, y Brígida se apresuró á obedecer, enjugándose una lágrima, mientras Estéban decía á su padre:

—¿Y tú no te acuestas?

—No, Estéban, contestó Alvarado con cierta emoción, espero á uno, y no puedo acostarme.... Si oís ruido, no os asustéis.... Buenas noches!

Eran cerca de las doce, hora sombría y misteriosa, y Santiago, sentado delante de su puerta, temblaba á pesar suyo presa de una de esas emociones violentas, que nada motivan, y de que no podemos darnos cuenta. No salió de esta especie de crisis hasta que oyó estas palabras:

—¡Hola! amigo, ¿duermes?

—Santiago saltó sobre su banco de modera y alzando la vista vió delante de él al maestro Claudio con dos enormes vigas al hombro y en una mano las herramientas.

—¿Sois vos, maestro Claudio? murmuró Santiago.

—¿Pues no lo ves?.... Ea, compañero, sígueme al portal

Diciendo esto, como quien conoce los sitios dió vuelta á la casucha, y se dirigió á un cobertizo que se hallaba al lado opuesto, sin que Alvarado se atreviese á dirigirle la palabra.

Ya allí, cogió un hachón de esparto, lo encendió, y fijándolo en la pared, se puso á trabajar con gran asombro del tejedor.

Era espantosa la rapidez con que menudeaba los golpes. Saltaba la madera hecha astillas, y de tal modo sonaban los hachazos, que no parecía si no que trabajaban al lado del maestro carpintero veinte oficiales invisibles; de suerte que Santiago temblaba de pies á cabeza, y sentía un especie de mareo.



En cuanto al maestro Claudio, permaneció mudo todo el tiempo que duró su trabajo, y una hora despues ya estaba concluida la nueva barrera, faltando solo colocarla en el lugar de la vieja. El carpintero la arrancó con una mano, y dando al aterrado tejedor un mazo, le dijo:

—¡Golpea, golpea para clavarla en el suelo! ¡golpea! ¡golpea!

Santiago impulsado por una fuerza irresistible levantó el mazo y lo dejó caer, luego volvió á empezar, primero lentamente, despues mas de prisa, en seguida mucho mas, y al fin con tal fuerza y celeridad que sus golpes repetidos resonaban en todo el barrio. En vano queria pararse; un brazo invisible guiaba el suyo incesantemente, sin descanso, siempre y siempre!

Y la barrera se hundia mas y mas á cada golpe, y estos se sucedian sin cesar, la barrera se hundia, se hundia siempre y Alvarado la seguia atraído constantemente hácia ella por el peso del mazo, que se aumentaba por instantes, y que pegado á su mano lo arrastraba hácia la tierra!

—¡Golpea! ¡golpea! repetia el maestro Claudio riendo á carcajadas.

Ya la barrera habia desaparecido y Santiago se hundia á su vez, en tanto que Claudio aullaba:

—¡Golpea! ¡orgulloso! ¡Golpea!

—Piedad, Satanás, ¡piedad! murmuraba Alvarado que se hundia mas y mas, perseguido por la risa estridente del maestro Claudio.

—¡Virgen Santa! ¿qué haces aquí á estas horas? ¿es estar en su juicio dormir al aire libre en las frias noches de setiembre? exclamó Brígida, sacudiendo el brazo de su marido.

El tejedor lanzó un grito, y despertó sobresaltado.

—¿Qué es eso?... ¿qué hay? ¡socorro!.. ¡Ah! ¿eres tú, Brígida?... ¡dónde estoy! ¿gran Dios?

—Durmiendo delante de la puerta y sentado en un banco á riesgo de ponerte malo... Estaba acostada y como hubiese advertido que no te hallabas allí, he venido á llamarte.

Santiago despues de oír á Brígida corrió á la barrera, y la encontró tan deteriorada que amenazaba ruina; volvió entonces á donde se hallaba su esposa y la dijo:

—¡He tenido un sueño espantoso!.. gracias, Dios mio!

Arrodillóse murmurando una oracion, y levantándose despues dijo á su esposa:

—Brígida; el orgullo es muy mal consejero; gracias á él, murió de miseria mi padre, y poco ha faltado para que á mí no me sucediese lo mismo; hace quince dias que no trabajo; pero mañana vuelvo á mi faena, y la barrera real perezca de mala muerte si le parece, pues me importa un bledo, acordándome como me acuerdo de las palabras que sin cesar me repetia el buen monge Fr. Severino.

«Hermano, desconfia del orgullo, y no olvides que hay honores que son muy pesados para las clases del pueblo y que labran su ruina.»

EL CONDE DE FABRAQUER.

Malvado. El malvado huye sin necesidad de que le persiga nadie; pero el justo es valiente como un león y á nada tiene miedo.

SALOMON.

ANÉCDOTA DEL TIEMPO DE D. PEDRO EL CRUEL.

Mucho se ha hablado de este monarca, grande á pesar de sus vicios y sus violencias. Escrita la crónica de este rey por algun enemigo suyo personal, la vida de don Pedro aparece á nuestra vista como un tejido de crímenes y desaciertos, causándonos horror el cuadro que con tan negros colores traza el desapiadado cronista.

Sin embargo, á medida que ha ido pasando el tiempo, y se ha estudiado mas y mas la época en que tuvieron lugar tantos sucesos portentosos, las generaciones se han convencido de que, si bien don Pedro cometió excesos imperdonables, ni fué tan cruel como lo indica su sobrenombre, ni bañó en sangre el manto de su glorioso padre Alfonso Onceno. Por eso el jóven poeta Zorrilla, dice con mucha oportunidad en uno de sus dramas, hablando de la víctima de don Enrique de Trastámara:

Por ódio y contrario afán
Calumniado torpemente,
Fué soldado más valiente
Que prudente capitán.
Osado y antojadizo
Mató, atropelló cruel.....
¡Mas por Dios que no fué él!
Fué su tiempo quien lo hizo.

Para probar que á muchos hechos del asesinado monarca se dió por sus contemporáneos una intencion torcida, atribuyendo á determinaciones inocentes miras criminales, y prestando á meros caprichos conatos de feroz barbarie, contaremos una anécdota que hemos encontrado escrita en un libro antiquísimo que se halla en la biblioteca de la universidad de Salamanca.

Hallábase don Pedro en Burgos, y honraba con su confianza á un judío llamado Abel Rusafá, que entonces era su tesorero particular. Una mañana avisan al hebreo que su casa está cercada de soldados, y que el gefe que los manda desea hablarle.

Este oficial, á quien el judío habia prestado algunos servicios pecuniarios, y que lo apreciaba un poco, entra consternado y dice con voz triste:

—Con profundo pesar me veo encargado de ejecutar de órden de mi soberano una sentencia, cuya severidad me espanta: ignoro el delito que habeis cometido para escitar hasta tal punto el resentimiento del monarca.

—¡Yo! respondió el hebreo; lo ignoro tanto ó mas que vos, y mi sorpresa es mayor que la vuestra. Pero al fin, ¿cuál es esa órden?

—Si os he de decir la verdad, me falta valor para manifestárosela.

—¿He perdido la confianza de S. A.?

—Si nó fuese mas que estó, no me veríais tan afligido. Puede devolveros su confianza; puede nombraros otra vez su tesorero; mas.....

—¿Se trata de desterrarme á mi país?

—Sería algo incómodo, pero con vuestras riquezas se está bien en cualquiera parte.

—¡Dios de Israel! ¿se piensa en encerrarme en alguna fortaleza?

—¡Ay! las puertas de las prisiones se abren.

—¡Sacra Jerusalem! ¿quieren darme de palos?

—Este suplicio es cruel, pero no mata.

—¡Y qué! dijo el judío sollozando, ¿se halla en peligro mi vida? El rey, tan bueno para conmigo, que me hablaba con tanto cariño hace dos días, querrá..... ¡Oh! no puedo creerlo. ¡Acabad por el Dios de Israel! porque la muerte me asustaría menos que esta cruel incertidumbre.

—Pues bien, Rusafá, dijo el oficial con voz triste, mi soberano me ha dado orden de que busque quién os diseque, rellenándoos de paja, porque quiere conservaros.

—¡Disecar! esta es una chanza de mal género, exclamó el judío mirando fijamente al oficial.

—Lo repito, es necesario rellenaros de paja.

—Sin duda habeis perdido la razon, ó S. A. no ha conservado la suya: ¿se disea á un hombre, rellenándolo como si fuese un tigre ó un zorro?

—¡Ay! mi pobre amigo; lo mismo decía yo; así es que á la palabra rellenar he hecho lo que nunca hemos intentado; manifesté mi sorpresa, mi dolor, y hasta aventuré algunas observaciones; pero el rey irritado de mi irresolucion, me mandó saliese de la cámara y ejecutase al momento la orden que me habia dado.

Es imposible pintar la admiracion, la cólera, el temblor y la desesperacion del pobre judío. El oficial dejó por algun tiempo libre curso á la explosion de su dolor, y le dijo que le daba un cuarto de hora para que arreglase sus negocios.

Entonces Rusafá le ruega, le conjura, le pide en vano que le deje escribir una carta al rey para implorar su piedad. El gefe de la tropa, movido al fin de sus reiteradas súplicas, cede temblando á su ruego y se encarga de la carta; pero no atreviéndose á ir directamente á palacio, se dirige precipitadamente en busca de don Juan de Alburquerque, favorito de don Pedro.

Al oír aquel el extraño lenguaje del oficial, llamado don Diego Sahagun, cree que el valiente aragonés se ha vuelto loco, y corriendo á palacio espone al rey respetuosamente su asombro.

Don Pedro no le deja acabar y esclama:

—¡Pardiez! Sahagun ha perdido la chaveta. Corre y ordena á ese loco que inmediatamente ponga en libertad al judío, si no se ha muerto de terror.

Alburquerque sale, ejecuta la orden, vuelve y halla á don Pedro riendo á carcajadas.

—Ya sé la causa, dijo á su favorito, de una escena tan burlesca como inconcebible; tenia un perro muy bonito á quien puse *Rusafá* por un antojo. Este perro acaba de morir, y habiendo ordenado á Sahagun que le hiciese disecar para conservarle, como dudase, pensando yo que tal vez creeria degradarse si ejecutaba semejante comision, le mandé salir inmediatamente á desempeñar mi encargo.

Este hecho ó cuento parecerá sin duda algo burlesco; pero lo cierto es que entre las crueldades que la tradicion cuenta del rey don Pedro, se halla la de haber hecho dise-car á un judío porque no le facilitó las enormes sumas que le hubo de pedir para sostener su lujo de monarca jóven y galanteador.

UN REFRAAN NO ES UNA RAZON.

¿Me perdonarán mis lectores que yo haga un refran contra todos los refranes? Vamos claros: yo no voy á declararles la guerra; no voy á escribir un alegato contra ellos: voy á combatir solo á las gentes que los usan sin ton ni son. Estas personas, abusando de los refranes en sus conversaciones son capaces de hacerlos aborrecer, si posible fuera aborrecer una cosa tan inofensiva y patriarcal de suyo, como los borrachos harian aborrecer el vino.

Se dice que los proverbios son la sabiduría de las naciones, y dispuesto estoy á creerlo, salvo las modificaciones necesarias y las restricciones que me parecen indispensables. Toda sabiduría tiene sus momentos de debilidad, y la de los refranes no se ha librado de ellos. Yo no admito que fuera del axioma de los refranes no haya salvacion, porque observo que muchos se contradicen entre sí, y por consiguiente que no son rigurosamente infalibles, ó que están sujetos al menos á diversas interpretaciones. Ejemplo:

De tal padre, tal hijo, dice un refran, que se repite cien veces al día. *A padre avaro, hijo pródigo*, dice otro, que no se cita menos.

La intencion es lo que vale, dice un refran, y otro responde: *De buenas intenciones está lleno el infierno*.

Podríamos citar muchos refranes en que se ven estos contrastes, pero mi objeto no es mas que demostrar que un refran está sujeto á exámen, como todas las cosas de este mundo, y que es muy escusable el no aceptarlo siempre por un argumento perentorio y sin réplica. Concedo que la prudencia de las naciones ha inspirado los proverbios y refranes, pero muchos de ellos, preciso es decirlo, han sido inspirados por esa prudencia vulgar y mezquina de las gentes esencialmente positivas. Es la prudencia corriente del egoismo prudente y medroso, colocado en frasquitos, y circulando sin oposicion bajo la fé de la etiqueta ó letrero que llevan.

Nada hay de fecundo, de entusiasta en la mayor parte de ellos. En lugar de llamarlos la prudencia de las naciones, tengo para mí que seria mejor llamarlos la prudencia de viejos desanimados.

Mucho mas me gustan los proverbios orientales que los nuestros; aquellos tienen al menos mas elevacion en su pensamiento, mas grandeza y nobleza en la ensenanza, y frecuentemente se presentan con un esplendor de poesia que deslumbra como un relámpago. Los hay magníficos. ¿Dónde tenemos nosotros refranes que oponer á los siguientes?

La palabra es plata, y el silencio oro.

El barro no se pega á los rayos del sol.

De la rosa sale la espina y de la espina la rosa.

Vean nuestros lectores otros dos refranes que son dos poemas enteros ellos solos.

El perro ladra y la caravana pasa.

La muger es como la viña, se apoya y embriaga.

No iré yo tontamente á combatir proverbios de este género. Solamente condenaré su abuso y que se sirvan de ellos como razones los que no tienen otras. Esas gentes que al hablar le tiran á uno á la cara un refran, dos refranes, y creen dejarle aplastado á uno. Tienen el refran en su fa-

vor, poco les importa que los demás tengan la justicia, la verdad y el derecho. Un adagio es para ellos un axioma de un rigor matemático, ó mas bien un artículo de fé, que no se puede contradecir sin una especie de sacrilega impiedad y de blasfemia contra la humanidad.

Hay gentes que están pertrechadas y armadas de refranes de pies á cabeza, que son verdaderos diccionarios, inagotables repertorios en este capítulo, y que desean inundar el mundo de ellos. Por desgracia hay que hacer una observacion incontestable y es que las personas mas materialistas y menos virtuosas, son las mas pródigas en refranes, porque los necesitan, y los hombres de corazón ancho y elevado espíritu no los toman jamás en boca. Nadie cita tantos tan oportunamente y tan á tiempo como Sancho Panza. ¿Es este el bello ideal de ciertas gentes? Yo prefiero á don Quijote.

Y si muchas veces no se les hiciese decir á los refranes muchas cosas que no dicen «pase,» ¡pero cuántas tonterías no se atribuyen á esos pobres viejos é inofensivos adagios, y de cuántos absurdos no han servido de cobertera y pasaporte! Así como ciertas gentes se arreglan una teoría para el uso de sus vicios, así muchas otras tienen al servicio de los suyos un número mas ó menos considerable de refranes tras de los que se abroquelan, y se creen tan seguros como Teucro tras el escudo de Ayax.

Un rústico labrador apurado con las escaseces del tiempo sacude el polvo á su muger bajo el pretexto de que *En casa que no hay harina todo es mohina*, y con esta preciosa máxima se queda tan tranquilo como si hubiera hecho una fiesta á su muger.

La caridad bien ordenada empieza por sí mismo, dice en voz alta un ricote, y en voz baja como Luis XV al preveer la revolucion: *Después de mí el diluvio*, se aprovecha de sus doblones para pasar una vida regalada. Cierra sus puertas á los pobres, despide sin dar nada á los que vienen á invitarle á suscripciones para beneficencia, gasta un duro todas las noches, sin reparar, en una butaca del Teatro Real, donde se divierte, y no da dos cuartos en su vida a los cantores y músicos de la calle que no le divierten. Se tragará cuatro mil reales en una buena comida, y no soltará jamás una peseta para una obra útil y caritativa, á menos que no vengan á pedírsela delante de gentes y durante la digestion de la susodicha comida. ¿No tiene en favor suyo el refran, es decir la razon? ¿qué más le hace falta?

Es bueno tener amigos hasta en el infierno repite ese necio personaje muy enfatuado con rostro de camaleón y mirada de hurón. Es á la vez de todos los partidos políticos sin ser de ninguno. Da la razon á todo el mundo, pero en los dos campos opuestos, se le encuentra en todos los ministerios, se halla en todas las antesalas, y hace su corte á los lacayos.

Es preciso ahullar con los lobos, dice ese otro personaje de moral fácil y acomodaticia; que sabe plegar su conciencia á todas las concesiones y su conducta á todas las influencias exteriores para ponerse acorde con todas las ideas y hechos corrientes.

Mientras dura, vida y dulzura, es el refran que cantan los pródigos y dissipadores.

En una palabra: cada cual sabe encontrar perfectamente los refranes que necesita para cohonestar sus debilidades y defectos, y creo que este es el mayor servicio que han

prestado los refranes, que han condecorado muchos con el pomposo título de la sabiduría de las naciones.

MANUEL GUZMAN.

LOS GERBOS.

Entre los roedores los unos trepan como la ardilla, otros corren como ratas, y por último, los hay que saltan tales como los gerbos. En estos llega á tal punto este modo de locomocion, que durante mucho tiempo los antiguos han creído á estos pequeños mamíferos, bípedos. De aquí el nombre de *dipus* que les han dado, y que es el nombre genérico del grupo de que se han figurado algunos tipos.

Esta locomocion particular es debida á la desproporcion que existe entre los miembros anteriores y posteriores. Muchos de nuestros lectores habrán visto estos animales en la casa de fieras del Retiro de Madrid, y los que no pueden verlos en el grabado que acompaña á este artículo, y que espresa esta desproporcion de un modo bastante marcado, para que tengamos necesidad de insistir sobre él. Se ven cuán disminuidos están los miembros anteriores en provecho de los posteriores. Este extraordinario arreglo es ademas el mejor posible para estos animales. Con sus miembros anteriores escarban la tierra, y llevan los alimentos á su boca. Con sus miembros posteriores escapan á la persecucion de sus enemigos con tal celeridad que, segun la relacion de algunos viajeros, los caballos mas ligeros no pueden alcanzarlos, y aun les cuesta trabajo el seguirlos. De aquí los muchos nombres que por eso se les han dado como *alactaga*, *jaculus* (flecha ó tiro), *mus sagitta*, (rata flecha).

Conviene hacer notar, que si sus miembros posteriores los lanzan adelante con gran fuerza y empuje, el poder de estos miembros queda paralizado inmediatamente que tienen la cola cortada. Privados de ese apéndice caudal, no pueden mantenerse los gerbos en equilibrio, y se caen en tierra. La accion de la cola como aparato locomotor, es mas comun que lo que aparece desde luego. Podríamos citar numerosos ejemplos: la cola-remo de los pescados cetáceos y de otros muchos todavía; la cola-mano de los monos del nuevo continente, que enroscándose alrededor de las ramas, sirve constantemente de quinta mano á aquellos animales en sus peregrinaciones sobre los árboles, etc. No deja de ser interesante el comparar la cola del kangaroo con la de los gerbos.

En la locomocion de los kangarros, el órgano mas importante es la cola. Sobre la cola descansa constantemente este animal, y levantándose sobre ella destroza á sus enemigos con las aceradas uñas que tiene en sus miembros posteriores. Por último, gracias al impulso que añade la cola al que ya le dan los miembros posteriores, aquellos grandes animales ejecutan saltos prodigiosos y salvan enormes espacios con la rapidez de la flecha.

En los gerbos, si grande importancia tiene la cola para mantenerse quietos, la tiene menor para el salto, porque es estremadamente delgada y débil. En lugar de fuertes vértebras erizadas de grandes y anchas apófisis, dando cohesion á músculos de un extremo poderío, todas las vér-

tebras caudales de los gerbos, aun sin exceptuar las primeras, son débiles y prolongadas sin ninguna apófisis distinta.

Este rasgo característico de la prolongación de los miembros posteriores, no les es absolutamente peculiar; todo el orden de los roedores participa, aunque en distintos gra-

dos, de esta tendencia general. Las liebres y los conejos, la ardilla y hasta la rata, tienen la parte posterior mucho mas poderosa que la anterior.

Los animales que componen el género gerbo, tienen dos incisivos en cada quijada, seis dientes molares en la



Los gerbos.

inferior, y ocho en la superior. Como casi todos los animales nocturnos, tienen los gerbos los ojos grandes y á flor de la cabeza. No pueden efectivamente soportar la luz del día; no salen de las madrigueras que habitan sino á la

caída de la tarde, y entonces se ponen á buscar su alimento que se compone de raíces, insectos y aun pajaritos, á los que sorprenden en sus nidos.

ADOLFO SERRA.